

DERECHOS HUMANOS

Derechos Humanos

PANELISTAS:

Moderador: José Bengoa, ex director SUR

Roberto Garretón, abogado Derechos Humanos, ex Vicaría de la Solidaridad

Héctor Salazar, abogado Derechos Humanos, Fundación de Ayuda Social de Iglesias Cristianas (FASIC)

JOSÉ BENGOA

A este panel sobre derechos humanos hemos invitado a nuestro querido amigo, Roberto Garretón, ampliamente conocido por su labor como abogado en la Vicaría de la Solidaridad, en la defensa de los derechos humanos en Chile. Posteriormente fue encargado de ese tema durante el período gubernamental del Presidente Aylwin, nombrado por éste como Embajador de Derechos Humanos (primera vez que se daba ese nombramiento en el país); ha sido relator especial de Naciones Unidas, y fue relator especial del Congo, donde debió enfrentar un período extremadamente difícil. En estos momentos es representante del Alto Comisionado de Derechos Humanos de Naciones Unidas, en la nueva oficina para América Latina. Estaba también invitado Cristián Precht, quien fue Vicario de Solidaridad, y que ha debido excusarse de venir. Finalmente, contamos con la presencia de Héctor Salazar, quien también fue abogado de la Vicaría y hoy día es abogado de Fasic.

Quisiera introducir el tema, antes de darle la palabra a Roberto, para ponernos en el ámbito de la discusión que tuvimos ayer y hacer una ligazón entre ambos temas. Ayer hablábamos de distribución del ingreso y de pobreza, y a mí me quedó dando vueltas lo que dijo Javier Martínez —algo a lo que varios también se refirieron—, sobre la *conciencia de la pobreza*. Pienso que ése es uno de los elementos que nos han hecho ser lo que somos: gente crítica, ‘inaceptadores’, más izquierdistas que derechistas, más con ganas de cambiar el mundo que de dejarlo como está. Recordé, mientras preparaba esto, una imagen que siempre he sentido como muy brutal: creo que es en *La náusea*, de Sartre, en que un personaje mira a otro, y adquiere la súbita intuición de que se trata efectivamente de una persona igual que él. Posiblemente todos hemos vivido experiencias semejantes, mirando a alguien en un bus, en un lugar público, para de repente adquirir la súbita intuición de que se trata de una persona igual que uno; que en ese momento está pensando como yo estoy pensando, está teniendo frío igual como yo lo estoy teniendo, está teniendo sensaciones igual que yo... Esa sensación que Sartre muestra, la sensación del otro, no es común. Uno permanentemente la niega, la rechaza —la mayor parte de las veces se ve al otro desde el cinismo, desde el encierro del yo—, pero se trata de la intuición fundamental de la igualdad de la persona humana. Esto es algo que podemos enunciar muchas veces, pero la intuición, esa intuición brutal, se da en pocas ocasiones. Y cuando ello ocurre —ésa es la teoría sartreana—, cuando uno se abre al otro, cuando comprende que el otro tiene una existencia tan plena como la propia, ése es el momento en que empieza la definición de uno mismo.

Así, la conciencia de la pobreza, la percepción profunda de la pobreza, esa intuición hecha experiencia —la intuición de la desigualdad entre los seres humanos—, es y ha sido la fuente de definición de

nosotros mismos. Nadie en estas actividades ha pasado por otra experiencia personal tan importante como ésta, sobre todo para los que venimos de la clase media. Es una conciencia moral de que no se puede vivir en una sociedad donde hay personas que se mueren de hambre. Se transforma en invivible el hecho de encontrarse en la calle con un niño que no tiene los mismos bienes, que no está igual que los niños de uno. Es una conciencia que nos impele a la acción. Hay un imperativo más allá de la razón, que nos exige acción; que nos dice que esto no puede esperar, que nos exige premura.

Junto con esta conciencia de la desigualdad de la pobreza, de la injusticia social, otra experiencia que es fundante —y es la que vamos a conversar aquí con Roberto Garretón— es la de la ausencia de libertad. Yo diría que, junto con la experiencia de la desigualdad, de la pobreza, lo más duro, lo más fuerte que he encontrado es la experiencia de violación de la libertad de las personas; la experiencia de la arbitrariedad, del atropello, de la discriminación. No se puede vivir en una sociedad, en una comunidad donde algunos de sus miembros, aunque en este caso no sean pobres, son violentados en su vida, son violentados en sus cuerpos, son violentados en sus derechos, son reprimidos. La conciencia de la falta de libertad, la conciencia de la represión, de la opresión policial, es la otra gran fuente de compromiso de las personas. Yo no puedo vivir, nadie puede hacerlo, sabiendo que en la ciudad donde vivimos hay personas que en ese mismo momento están siendo torturadas. Es algo que se hace invivible. Las alternativas son cubrirse la cabeza con una frazada; taparse los ojos, los oídos; decir no escucho, no siento, no supe, yo no sabía, no supe nada, no escuché nada. O, por cierto, iniciar la acción.

Al respecto, recordaba una historia que le escuché a Francisco Coloane —para nuestros amigos de Holanda: Coloane es un gran escritor chileno; un escritor del sur, de los canales, de las ballenas, de los barcos—, en que contaba por qué se había hecho comunista, algo que no aparece en sus libros. Contaba que, cuando trabajaba en el diario *La Nación*, en los años cincuenta, iba saliendo con un grupo de periodistas a la calle y vieron a unos jóvenes que venían gritando y llorando, con papeles de diarios ensangrentados en las manos. Había habido una muerte, la de la Ramona Parra, concretamente. Era la sangre de la Ramona Parra la que iba ahí, que la habían matado en la Plaza Bulnes. Decía Coloane que esa impresión lo había llevado a unirse a ese grupo de jóvenes, en la calle. Y desapareció de su casa varios días. Volvió después de días, absolutamente trastornado, llegó donde su mujer y le dijo: “Me hice comunista”.

La experiencia de la represión, la experiencia de que al otro no le pueden hacer lo que a mí no me gustaría que me hicieran, ha sido definitoria para muchos de nosotros. Muchas veces le he escuchado a Roberto Garretón decir “yo empecé a ser abogado de los derechos humanos el 11 de septiembre de 1973”. Es decir, en este aspecto, la experiencia del golpe fue brutal. Ese día nos transformamos en militantes de los derechos humanos; la militancia de los derechos humanos vino no por haber seguido un curso en esa materia; vino por esta intuición, esta experiencia tan brutal.

Hacía esta reflexión uniendo los temas que vimos ayer con el de hoy. Javier Martínez dijo ayer una cosa que me gustó mucho: cuando habló de la desigualdad, preguntó qué es la igualdad, y dijo que es imposible decir lo que es. De la misma manera, no podemos decir qué es la libertad, es imposible definirla. Pero libertad e igualdad son dos parámetros sobre los cuales se funda el quehacer nuestro, en tanto organización no gubernamental. Por lo menos, se funda. Y creo que ahí está la capacidad de refundación de un ideario progresista, de un ideario político de las organizaciones no gubernamentales. Si no existe en una institución este doble ideario, esta doble voluntad, obviamente se pierde la misión. Ahora, es un encuentro permanentemente contradictorio el de libertad e igualdad —y así ha sido en la historia—; la historia del socialismo ha sido una contradicción permanente entre libertad e igualdad, y contradicción no resoluble simplemente. Pero ahí quizá está la maravilla: trabajar en esa tensión permanente.

Alfredo Rodríguez dijo ayer que cuando iniciamos SUR, el año 78, 79, el problema de los derechos humanos era de vida, de sobrevivir, y el problema de la pobreza era de comer. No había muchas explicaciones, era el mínimo: no desaparecer. Se recordaba ayer esos períodos —años 81, 82— en que Chile vivía con un veintitantos por ciento de cesantía abierta, con una represión que andaba en las calles, con toque de queda, todas circunstancias que hacían difícil ser ‘no gubernamental’. Era difícil, era peligroso, pero no era difícil entenderlo. Hoy día eso ha cambiado mucho, por cierto. Nadie puede decir que hoy día está la DINA, que hay represión; tampoco se puede decir que hay el 20 por ciento de cesantía y que nadie se ha preocupado de ello. Pero de la conversación de ayer, me impresionó que muchas de las cosas que ocurrieron en ese entonces, en un fondo raro se mantienen, o tuvieron consecuencias. Ayer se dijo —y lo dijo el subsecretario de Economía, Álvaro Díaz— que se construyó un país con una distribución del ingreso muy mala; y llevamos diez años y no lo hemos podido cambiar. No me cabe la menor duda de que Álvaro está por cambiarlo; sus ganas serían que cambiásemos la distribución del ingreso que se construyó en esos años de alta represión, y que sólo pudo construirse así, policialmente. Lo importante, sin embargo, es mostrar que, aun teniendo conciencia de ello, la dificultad de cambiarlo es enorme. Nuestro invitado de Cordaid le preguntó ayer al Presidente de la República sobre la pobreza en el país, y el Presidente de la República le dijo que sí, que la pobreza había disminuido un poco; pero cuando se tocó el tema de la distribución del ingreso, el Presidente, que es economista, no tuvo mucho que decir.

Traigo a colación esto porque, tal como ayer hacíamos un paralelo entre la pobreza de las épocas de la dictadura y la de hoy, sería interesante hacerlo respecto del tema de la violencia: cuáles fueron las consecuencias sobre la sociedad chilena del ejercicio continuado, persistente, masivo de la violación de los derechos humanos. Porque efectivamente, tal como ayer lo vimos en términos económicos, en términos de pobreza, tengo la impresión de que en el ámbito de la violencia las consecuencias se han mantenido en nuestro país. Como decía Francisca Márquez, el individualismo, la falta de solidaridad es más fuerte en la sociedad chilena que en Argentina y que en Uruguay. Y eso, creo, tiene que ver con el ejercicio masivo, permanente, persistente, sistemático de la violación a los derechos humanos durante un largo período de nuestra historia.

ROBERTO GARRETÓN

Abogado de Derechos Humanos

Muchas gracias a SUR por la invitación a compartir algunas ideas con ustedes, pero muchas más gracias todavía a Cebemo, por lo que hizo por todos nosotros durante tantos años.

Efectivamente, como acaban de oír, el día que más nos ha marcado a todos es el 11 de septiembre de 1973. Fue un choque de tal magnitud, que yo personalmente, que ni siquiera era de la Unidad Popular, desde el 11 de septiembre estuve casi un mes sin dormir, durmiendo muy poco, por la percepción de que algo terrible estaba pasando. Y es cierto, uno no puede estar tranquilo en esa situación. Nos cambió la vida. Y cuando nos juntamos la gente de la Vicaría de la Solidaridad, tenemos una sensación común. Todos hemos hecho otras cosas en la vida; yo he sido funcionario público, estudiante, relator, abogado, pero nunca he hecho algo más importante y nunca voy a hacer algo más importante que el trabajo con la Vicaría de la Solidaridad. Eso es absolutamente insuperable.

Qué pasó o cómo estábamos ese 11 de septiembre. Primero, el término 'derechos humanos' no formaba parte del léxico político chileno, no estaba en el lenguaje habitual de los chilenos. Esas cosas pasaban en otras partes, no aquí. Se daba por entendido casi que la policía no tiene por qué salir a matar a las personas; eso formaba parte de nuestra cultura diaria. En la Escuela de Derecho nunca nos enseñaron derechos humanos, ni siquiera la Declaración Universal; no lo hicieron ni en Historia del Derecho, ni en Filosofía del Derecho, ni en Civil, ni en Procesal, ni en Constitucional, ni en Internacional, ni en ningún ramo. Y, sin embargo, ese 11 de septiembre nos asaltó eso que habíamos leído en los diarios cuando había un golpe en otros países: se violan los derechos humanos.

La primera cosa, entonces, es nuestra ignorancia en esos días. En segundo lugar, ubiquemos históricamente lo que era la relación Iglesia / Sociedad en ese momento: 1973, el Concilio Vaticano había terminado ayer no más; en el mundo protestante, la unión de las diferentes iglesias era de ayer también —ayer en Europa; aquí, jamás—; la palabra 'ecumenismo' no figuraba en nuestra cultura. Se produce el golpe y, oh sorpresa, el 6 de octubre, antes de un mes, comienza a funcionar el Comité de Cooperación para la Paz en Chile, formado por todas las iglesias cristianas —católica, protestantes, ortodoxas— y la comunidad judía. ¿Pensable eso el 10 septiembre? Simplemente impensable. Además, la gran mayoría de los que estaban en ese Comité ni siquiera eran creyentes de ninguna de esas religiones; y los defendidos, históricamente menos.

Se comenzó con dos comités. No hay que olvidarse del Comité Nacional de Refugiados, conocido como el Comité 1, que se preocupaba de la situación de los refugiados que había en Chile; que sí los había durante el gobierno de Frei, como los brasileños, y de Allende, con todo el resto de América Latina. Chile estaba lleno de refugiados, aunque no tuvieran título de tales; eran personas que estaban asiladas y habían buscado protección en Chile, y se contaban por miles. Había, así, el Comité 1 para los refugiados; y el Comité 2, que se llamó de Cooperación para la Paz en Chile, para la protección de los derechos humanos básicos. Y ahí tuvimos que inventarlo todo. No teníamos conocimientos ni experiencia, no sabíamos cómo se enfrentan las dictaduras. La libertad era cosa normal, cotidiana. Convivíamos con ella, no reflexionábamos sobre ella porque la teníamos ahí, siempre en un sentido progresista de derechos humanos. Las condiciones de participación social en Chile fueron aumentando año tras año desde el siglo antepasado, y aunque no habíamos llegado todavía a un estado de real integración, la marginalidad política era cada día menor. Y de repente nos encontrábamos con un buque

que se nos mete en medio de nuestras vidas y en medio de nuestra sociedad, y comenzamos a inventarlo todo, sin ninguna experiencia.

Con el tiempo, empezamos a sistematizar un poco. Desde el comienzo, desde el primer día, nuestro trabajo tuvo algunas características. Primero, nunca mentir, nunca exagerar. Cifras de cientos de miles de muertos, no: la lista concreta con nombre y apellido. Nunca equivocarse; aprendimos que no tenemos el derecho a equivocarnos. Un defensor de derechos humanos no puede equivocarse. El día que se equivoca una vez, pierde la credibilidad para siempre. Eso fue algo que fuimos descubriendo. Hay en esto una anécdota que cuenta José Zalaquet: una vez le dijo a algunos profesores de Estados Unidos que en la Universidad de Chile habían echado a 146 académicos. Se impresionaron, fueron a investigar. A los tres días vuelven: “Señor Zalaquet, tenemos un error: hemos descubierto 145”. Y Zalaquet, de ahí en adelante, ni un error más. Ni siquiera podíamos equivocarnos.

No sabría hoy cómo explicarlo, pero trabajamos con un sentido histórico. El año 73 no podíamos imaginar a un Baltazar Garzón; y, sin embargo, trabajábamos inconscientemente para él: la forma de recopilar los antecedentes, la forma de ir registrando todo; nada se hacía sin dejar copia, y las copias bien guardadas, por razones de seguridad. Aprendimos a hacer seguridad nosotros, que no teníamos idea de ello. Pero aprendimos a hacer seguridad de nuestra propia información, y sobre todo con un sentido histórico, sabiendo que probablemente no íbamos a tener resultados en el corto plazo. Los exiliados chilenos en Europa nos criticaron mucho durante mucho tiempo; nos dijeron que al asistir a los Consejos de Guerra estábamos legitimando el golpe, legitimando la institución de los tribunales militares en tiempo de guerra. Yo no le iba a decir esa historia a la señora del preso que a lo mejor lo fusilan mañana. No estábamos legitimando nada; teníamos que actuar a como diera lugar, en la forma más eficaz posible. Y trabajamos con un sentido más histórico, un sentido real. Incluso inventamos tesis jurídicas correctas. Por ejemplo, en el tema de los detenidos desaparecidos, planteamos que es un crimen de lesa humanidad. Nos dijeron que no, que es un delito permanente; que, por lo tanto, no puede estar amparado por la amnistía. Dijimos que la ley de amnistía la otorgaba a los autores, cómplices y encubridores —esto es, a personas identificadas—, y no al delito en cuanto a tal. Nos dijeron que no. A todo nos dijeron que no. Nunca ganamos un juicio, nunca encontramos a un detenido desaparecido, rara vez obteníamos una libertad bajo fianza. Nuestro éxito era que a una persona, en vez de condenarla a muerte o a treinta años, la condenaran a cinco por un delito que no había cometido o, peor aún, por un hecho que no era delito en circunstancias normales.

Junto a nuestro trabajo aquí en Chile, estábamos dando una batalla en el extranjero, otra cosa que para nosotros era completamente nueva. Nunca los chilenos habíamos tenido que ir fuera para que nos respetaran los derechos humanos aquí, en nuestro país. Ya los primeros días, a fines de septiembre, vino a Chile el secretario de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos. Poco tiempo después se instaló el ACNUR, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados. La Comisión Interamericana en pleno se instaló en Chile en el Hotel Crillón: alguno de ustedes se acordará de las colas que había que hacer para ir a prestar testimonio. El año 75, la Asamblea General de las Naciones Unidas decidió una cosa insólita, nueva, como fue pedirle a la Comisión de Derechos Humanos que utilizara un mecanismo creado en 1967, que nunca se había utilizado: investigar la situación de derechos humanos de un país. No ignoro que antes del año 67 también hubo investigaciones —ojalá se vuelva a reanudar alguna— sobre territorios ocupados en Palestina, y también sobre el *apartheid* en Sudáfrica, pero todas se hicieron sin utilizar ese mecanismo especial creado el año 67. Se utilizó en Chile por primera vez, era la primera vez que un grupo de trabajo de Naciones Unidas llevaba a cabo una misión de investigación de hechos en terreno. El año 78 se cambió al grupo de trabajo por un relator; pero a raíz de que nunca se pudo nombrar un relator para Argentina —por la oposición de la Unión Soviética, que

apoyaba la dictadura allí instalada—, se creó un mecanismo neutro, por así llamarlo: no investigar lo que ocurría en Argentina, sino lo que pasaba con los detenidos desaparecidos en el mundo... pensando en Argentina. Ese mecanismo, que hasta el día de hoy funciona y es muy bueno, era para preocuparse de los derechos humanos en el mundo, salvo Chile. Y ello porque se nombró un relator especial sobre los detenidos desaparecidos en Chile, de tal manera que para nuestro país había dos mecanismos: un relator general de las violaciones a los derechos humanos, y uno para las desapariciones forzadas. Así nos respondía la comunidad internacional.

Éstas son cosas que van a quedar, y es el aporte que los dolores del pueblo chileno han hecho al progreso de la protección internacional de los derechos humanos.

En 1975 se formó también el Fasic en Chile; el año 78, recién el primer organismo laico de defensa de los derechos humanos, la Comisión Chilena de Derechos Humanos; el 80, el poder y la causa de los derechos humanos va tomando una dimensión más amplia.

Un aspecto importante, que siempre subrayo, es que la defensa de los derechos humanos es *política*, pero no partidaria. En qué sentido me refiero a que es política (y esto lo vimos desde el comienzo): opongo ‘político’ a ‘humanitario’. Cuando defiendo o trato de sacar a una persona de un centro de tortura, se trata de un acto que podría considerarse humanitario. Pero lo importante para el defensor de los derechos humanos es terminar con la tortura. El caso de cada persona en particular es el pretexto, es el móvil, es la acción concreta dentro de una concepción de la sociedad que impide la tortura. No me basta con sacar a una persona del centro de tortura; quiero terminar con la tortura, y en ese sentido es político, porque estoy imaginando un proyecto de sociedad distinta, donde no sea posible la tortura. Esto lo digo ahora. El año 73 ni reflexionábamos sobre estas cosas. Hacíamos, no más; actuábamos, nos movíamos; las racionalizaciones se hacen después.

En esta línea de que la defensa de los derechos humanos es política, no partidaria, hay algunos valores que destacar; por ejemplo, no hay muertes buenas ni muertes malas: son todas malas. Y eso en los organismos propiamente de defensa de los derechos humanos en Chile lo teníamos clarísimo. No aceptábamos que se hablara de muertes de aquí y muertes de allá. En primer lugar, porque tampoco había simetría. Esa frase “condenamos la violencia venga de donde venga”, que estaba de moda por los años ochenta, era una brutalidad, porque en el fondo la violencia venía de una sola parte, y había una violencia marginal de la otra; y hablar de “violencia venga de donde venga” era como equiparar dos situaciones que no eran objetivamente comparables, puesto que un lado simplemente producía más muertes. Pero, aun así, cada hecho mereció siempre nuestra condena.

¿Cuál es la herencia que deja la dictadura chilena? ¿Qué dejó no tanto la dictadura, como lo que se sufrió? Yo creo que la preocupación internacional por los derechos humanos en Chile ha dejado progresos consolidados, indiscutidos en el mundo entero. Desde 1973 hasta ahora, ha habido alrededor de 25 países —pocos, en realidad— donde se violan los derechos humanos. Pero hay un sistema ya consolidado de defensa, que tiene un subproducto. Y éste es el debate político de la creación de un mecanismo de defensa frente a las violaciones a los derechos humanos, y ello no sólo en los países que las sufren, sino también en organizaciones internacionales, como las Naciones Unidas. En Ginebra discuten los Estados y las organizaciones civiles de los países, unos pidiendo un relator y otros oponiéndose al relator, los demás interviniendo, realmente en un foro público. Las organizaciones no gubernamentales, en el más alto nivel internacional, debaten con sus gobiernos y se hacen acusaciones mutuas. Y ¡vaya que les duele a los gobiernos que les pongan un relator, o que un relator sobre una materia temática visite un país! Cuando el relator sobre la tortura va a un país, comienzan a salir los

presos de las cárceles desde el día anterior. Y todo esto comenzó con la dictadura chilena. Es un aporte que con nuestros sufrimientos y nuestros muertos hemos dejado hacia el futuro.

En segundo lugar, está la solidaridad internacional. Más allá de los mecanismos oficiales de Naciones Unidas, de la OEA o de la Unión Europea, está la concepción de solidaridad internacional con los que sufren. Yo diría que en 1973, el número de organizaciones no gubernamentales internacionales —si es que las había— no llegaría a diez. Hoy día hay 50 mil, lo que significa un desarrollo gigantesco. Y muchas de ellas, las internacionales sobre todo, están preocupadas no sólo de lo que pasa en su país, sino en muchos otros. Ahora, no estoy diciendo que todas estas organizaciones se hayan creado por causa de lo ocurrido en Chile. Lo que sí estoy diciendo es que en esta especie de cultura universal de sociedades civiles, de preocupación por lo que ocurre en otros países, uno de los grandes impulsos provino del caso chileno. Ahí es donde aparecen nuestros Cebemo, con sus asistencias, con su apoyo moral, apoyo financiero, apoyo técnico, apoyo en solidaridades entre quienes sufren las desgracias de las dictaduras.

Y no hay que dejar de lado otro gran éxito espectacular: el juicio contra Pinochet. El *test case* de la concepción de justicia universal más desarrollado, se ha dado en el caso Pinochet. No estoy hablando de los tribunales penales internacionales; estoy hablando de tribunales nacionales que juzgan delitos cometidos en otro país. Nadie de la importancia de Pinochet había sido detenido nunca antes. Y el juez Garzón pudo actuar como lo hizo, fundamentalmente gracias al apoyo de la documentación que se había reunido aquí: él tomó el informe de la Comisión Rettig, pero la Comisión Rettig tomó los datos de la Vicaría de la Solidaridad, de la Comisión de Derechos Humanos, del Fasic, etcétera. Ese sentido histórico con que comenzamos a trabajar el año 73 vino a dar sus frutos en 1998. Jamás lo imaginamos el 73; sí lo gozamos el 98.

Y no se trata sólo de ese producto internacional fantástico. También en lo nacional lo ha habido. Hoy día nuestros propios jueces nos dicen que teníamos razón: los crímenes de lesa humanidad no son amnistiables, la amnistía sólo se aplica después de individualizar a los responsables... exactamente lo mismo que estábamos alegando desde el día de la publicación de la ley de amnistía. Exactamente ésos son los argumentos que hoy tienen procesados a más de cien militares en Chile; fue ese trabajo iniciado en condiciones de absoluta improvisación en el año 73, sin importar los fracasos, lo que al final de cuentas lo logró.

Y ahora, ¿qué nos ha cambiado? ¿Hemos sido nosotros solidarios, como fueron solidarios con nosotros? Ésta es una pregunta que debemos contestar con real franqueza. Como pueblo, yo diría que no hemos sido solidarios en absoluto. ¿Alguno de nosotros ha hecho algo estos días por lo que está pasando en los territorios árabes ocupados? ¿Nos ha dolido, como a otros les dolió lo que pasaba en Chile? No. Cuando fui relator sobre derechos humanos sobre Zaire, República Democrática del Congo después, pensaba que la gente me iba a preguntar qué pasaba allá. Nunca nadie se interesó. Yo me sentía francamente desilusionado de nuestra falta de interés. Si me preguntan cuál es el país que ha recibido más solidaridad en el mundo, diría que el primero es Sudáfrica, y después Chile. Y nosotros no hemos respondido de la misma forma, teniendo, además, una capacidad, conocimientos y vivencias que hubiesen permitido que nuestra experiencia sirviera de modelo a otros. Cuando estuve en El Salvador y en Guatemala, había defensores de derechos humanos de prácticamente todos los países de América Latina, y los mejores eran los chilenos; los mejores en capacidad técnica. Pero, ¿cuántas personas fueron allá? Creo que nos falta retribuir la solidaridad que recibimos, y que ésta es una de las malas herencias de la dictadura.

Quizá, en parte, lo anterior pueda explicarse porque tenemos frustraciones grandes. ¿Acaso tenemos democracia en Chile? No. La democracia implica dos cosas: igualdad, al menos jurídica; y que la mayoría mande. Sin eso no hay democracia. Pero, ¿igualdad jurídica cuando ocho señores que integran el Consejo de Seguridad Nacional valen 105.276 veces cada uno de nosotros en su capacidad de electores de senadores? Y no manda la mayoría. Entonces, tenemos un régimen que obviamente no es dictadura, que obviamente no es democracia, y que obviamente no es transición. Las transiciones transitan, y nosotros estamos bastante paralizados. Tenemos una cosa un poco amorfa que, a lo mejor, afecta nuestras personalidades. Pero a mí me interesa que no perdamos ese espíritu de defensa de los nuestros que tuvimos con el apoyo magnífico, generoso, que muchos países, muchos gobernantes, muchos políticos, muchos intelectuales y muchos pueblos extranjeros, nos dieron durante tantos años.

HÉCTOR SALAZAR

Abogado de Derechos Humanos

Vengo a petición de Fasic en reemplazo de Verónica Reina, en primer lugar para saludar a Cebemo, organismo que nos era muy familiar a quienes trabajamos en derechos humanos durante la dictadura. En el ámbito en que me tocó conocer directamente, el de la lucha sindical campesina, su apoyo significó mantener alguna llamita de esperanza prendida, por los aportes financieros a programas de esa naturaleza que se hicieron a través de la Vicaría de la Solidaridad.

Lo que ahora nos reúne es el deseo de mirar el país hacia atrás, en estos últimos 25 años, y considerar la experiencia que hemos adquirido en el trabajo y en la profundización de la reflexión sobre el tema de los derechos humanos.

En primer lugar, diría que, en nuestro país, el aprendizaje, el conocimiento del tema de los derechos humanos, ha sido traumático. Antes de la dictadura militar, el tema de los derechos humanos no estaba instalado en Chile, no teníamos muchos conocimientos al respecto. Se restringía a cinco o seis personajes que actuaron en forma aislada, y a los que quiero resumir en Clotario Blest. Al resto, nos empezó a preocupar por el trauma del golpe militar y las secuelas de las violaciones a los derechos humanos que allí se produjeron. Allí se socializó y se masificó el tema y la preocupación por el mismo.

Que el aprendizaje sobre derechos humanos en la sociedad chilena haya sido traumático, indudablemente tiene aspectos positivos y negativos. Lo positivo es que surgió de la academia en abstracto, sino como un conocimiento práctico. Es decir, entramos masivamente a los derechos humanos a partir de nuestras propias vidas, de nuestras propias realidades y nuestras propias experiencias, sobre todo experiencias de sufrimientos. Aprendimos a preocuparnos de ellos cuando empezamos a sufrir, cuando tuvimos que acompañar el sufrimiento, cuando tuvimos que sentirlo muy profundamente, cuando descubrimos que había una faceta del ser humano que era tremenda: su capacidad de hacer daño, de hacer sufrir. Y cuando uno se aproxima a un tema a partir de una experiencia de esta naturaleza, indudablemente que la vitalidad con que lo asume es mucho mayor; nos compromete intelectualmente, pero sobre todo en los sentimientos. Esos compromisos fundados en los sentimientos son más potentes, más fuertes, más arraigados que los nacidos de un aprendizaje meramente intelectual.

Para la gran mayoría de los chilenos, los derechos humanos tienen nombres concretos de personas; tienen hasta olores, tienen rostro, tienen inseguridades, tienen desgarramientos experienciales tremendamente fuertes. Por lo tanto, desde el punto de vista de ese aprendizaje traumático de la sociedad chilena, ese proceso nos ayudó a meternos en un tema del cual estábamos ajenos, que no creíamos relevante en nuestro país. Nos metió en él, nos marcó a fuego, y nos sigue marcando. Son conocimientos adquiridos a través del dolor, y el dolor es profundamente pedagógico. Por lo tanto, aunque quizá el tema no sea tratado formalmente por la opinión pública, no se exprese o no tenga canales de expresión, está arraigado en la conciencia y en los sentimientos del pueblo chileno. Y eso es positivo.

Ahora, lo negativo de haber comenzado conociendo y socializando el tema a partir del trauma, es que la marca de la experiencia es tan potente, tan fuerte, que —paradójicamente— nos limita. Nos limita en el sentido de que el trauma nos condiciona mucho y, por lo tanto, hace muy difícil ampliar el marco de despliegue del tema. Quedamos de alguna manera como pegados en el trauma; es decir, tenemos el

tema de los derechos humanos instalado en nosotros, pero desde una sola perspectiva. Y esa perspectiva es tan fuerte, que no nos permite ampliar a otros campos y desplegar en toda su riqueza el significado que los derechos humanos tienen como elemento fundante de una nueva forma de convivencia social. Y es tan así, que cuando tratamos de avanzar un poco más allá, o se llevan a cabo iniciativas que buscan progresar en la superación del trauma, se nos producen conflictos al interior del mundo de los derechos humanos. Pienso que el sesgo traumático de nuestro aprendizaje está en la base de por lo menos un aspecto del quiebre del movimiento de los derechos humanos con ocasión de la mesa de diálogo con las Fuerzas Armadas. La marca del trauma pesa de tal manera que, en algunos momentos, incluso impide a algunas personas dar un paso para entrar en diálogo —solamente en diálogo— con aquellos que hasta hace poco tiempo atrás eran sus verdugos. Y esos traumas marcan también negativamente la socialización del tema hoy en día en nuestro país.

Entonces, nuestro aprendizaje en torno a los derechos humanos tiene rasgos positivos, pero también negativos, que hacen que todavía no seamos capaces de recoger la experiencia vivida en términos productivos hacia el futuro. No hemos encontrado las metodologías o las pedagogías necesarias para, a partir de nuestras experiencias dolorosas, desplegar a futuro el tema en términos de crecimiento y aprendizaje positivo.

Tenemos también otros lastres, huellas dejadas por un período largo de dictadura. Nos guste o no nos guste, la dictadura dejó marcas en nuestra sociedad, incluso en aquellos que nos oponíamos a ella y la combatimos. Porque, de una u otra manera, la dictadura logró emplazar una cultura de la violencia en Chile, y esa cultura de la violencia se proyecta hasta el presente. Un ejemplo: hoy en día, en nuestro país el debate entre los actores políticos se funda casi siempre en la descalificación moral del otro, nunca en los temas de fondo sometidos a la discusión. Eso, a mi juicio, es fruto fundamentalmente de la cultura violenta que heredamos.

La cultura represiva es todavía muy fuerte en nuestra sociedad, incluso en los que llamamos sectores “democráticos”. Nuestro país es extremadamente represivo en los colegios, en el mundo laboral, respecto de las manifestaciones de disidencia callejera, frente a las cuales el orden público y la fuerza pública son la reacción inmediata. Más allá de que estemos o no estemos de acuerdo con esa manifestación, vemos que la respuesta inmediata frente a cualquier hecho que implique disidencia o discrepancia, siempre es de carácter represivo. Y ello es parte de la cultura de la violencia que se ha proyectado en Chile más allá de la dictadura militar, y que encontramos no sólo en quienes manejan el poder. Los que quieren manifestarse cuestionando algún elemento de la sociedad que, desde su punto de vista, merece crítica, también entran en el juego; así, no hay manifestación callejera de protesta en Chile que no derive en actos de violencia de quienes protestan. Por lo tanto, el tener una respuesta signada por la violencia frente a cualquier hecho que implique disidencia o discrepancia, no es sólo un problema de la autoridad o de la sociedad organizada: es algo que está presente en todos nosotros.

La cultura de la violencia se manifiesta también en que subsisten en el país prácticas degradantes en el tratamiento de las personas; y ello no como situaciones excepcionales, sino estructurales, sistemáticas y definidas como políticas por las autoridades pertinentes. Quiero citarles dos ejemplos del día de ayer. Ayer la Corte de Apelaciones de Santiago acogió un recurso de protección de una mujer, familiar de un preso común; ella protestaba porque, al ir a visitar a su hijo, cada vez era revisada por un funcionario de Gendarmería que incluso le examinaba el ano, en lo que significaba una práctica denigrante e indigna. La gracia no está en que se haya acogido el recurso de protección: habría sido trágico que ello no ocurriera. La desgracia está en que, en el curso de la tramitación de ese recurso de protección, Gendarmería, al informar al Tribunal, reivindicó el derecho a llevar a cabo esos registros. El otro es un

caso más anecdótico, de una mujer que es reprimida porque no tiene en la vereda frente a su casa un jardín bonito; al final, termina siendo detenida, con reclusiones nocturnas.

Estos elementos inmediatos de la actualidad indican que nuestra sociedad quedó muy marcada por los años de dictadura, y que esa cultura se ha internalizado incluso en los que nos autodefinimos como los sectores libres o democráticos. Y en esto, pienso que los derechos humanos como cultura tienen mucho que aportar todavía, y que no logran hacerlo porque estamos atrapados en el trauma de lo que fueron las violaciones en este campo durante la dictadura.

Nuestra incapacidad de dar más profundidad, más expansión, más amplitud al tema de los derechos humanos; de instalarlo en forma más integral en la sociedad, tiene que ver con ese origen del aprendizaje traumático. En Chile, la cuestión se circunscribe a un problema de judicialización de las violaciones a los derechos humanos; acá, hablar de derechos humanos es hablar de juicios de derechos humanos. Lo que se persigue en ellos es aclarar situaciones donde se los haya violado, y castigar a los violadores. Eso hace que el marco de la materia de los derechos humanos sea bastante estrecho todavía. Es una incapacidad que tenemos que asumir todos los que de una u otra manera hemos trabajado en este ámbito a partir de nuestras experiencias históricas. Y, al respecto, diría que una tarea a futuro tremendamente importante es desjudicializar el tema de los derechos humanos y dejar de circunscribirlo a las violaciones a ellos cometidas durante la dictadura militar. Los ejemplos de casos ocurridos ayer indican que también hoy tenemos el problema, y que no lo estamos asumiendo.

Este no asumir nuestra realidad actual es una de las consecuencias perniciosas de tener tan focalizado el tema de los derechos humanos en nuestro pasado histórico traumático. Pero, además, ello produce otro efecto que, a mi juicio, también es grave, y es que al centrarse el tema de derechos humanos en su judicialización y en las violaciones en el tiempo de la dictadura, se descompromete con él el resto de la sociedad. La sociedad cree que porque estamos en juicio, viendo el problema de los detenidos desaparecidos y de las torturas en el tiempo de la dictadura de Pinochet, nos estamos haciendo cargo del tema; y que para eso están los expertos, los jueces, los abogados. Así, la sociedad en su conjunto se va descomprometiendo con esta área tan fundamental de construcción de la convivencia nacional.

INTERVENCIONES

Representante de Agrupación de Ex Presos Políticos

No creo que podamos decir que la falta de solidaridad que tenemos en Chile hacia el resto del mundo sea efecto de la dictadura. Argentina y Uruguay también tuvieron dictadura y, según el estudio mencionado por Francisca Márquez, sí han mantenido ciertos valores de solidaridad. Porque tampoco frente a los problemas de la pobreza y la desigualdad tenemos ni solidaridad ni voluntad política de enfrentarlos. Y la pobreza y la desigualdad también son parte de las violaciones a los derechos humanos. Nos remiten a preguntarnos cómo pensamos en este país respecto de la dignidad del ser humano. ¿Realmente nos interesa la dignidad del ser humano?

Respecto de la tendencia a judicializar la defensa de los derechos humanos, pienso que su contracara es la victimización de aquellos cuyos derechos humanos han sido violados. Pareciera que los derechos humanos son sólo cosa de detenidos desaparecidos, de la gente que fue ejecutada, de quienes fuimos presos o presas políticas. Y entonces nos victimizan. Pero en la agrupación de ex presos políticos a la que pertenezco estamos peleando por una reparación integral, sobre todo social y moral. No somos víctimas: somos sobrevivientes de la dictadura, somos gente que podemos decir qué pasó.

Si este país no reconoce que hubo una violación sistemática de los derechos humanos, una política de terrorismo de Estado, ¿podremos alguna vez cambiar nuestros valores culturales? Si no cambiamos los valores culturales, ¿podremos ser solidarios algún día? Si no somos solidarios aquí, ¿podremos ser solidarios hacia fuera? ¿Qué pasó con las organizaciones sociales que hubo durante la dictadura, y que se deshicieron “porque no se necesitaban más”, porque “no había nada por qué luchar”? ¿Y qué pasa con las organizaciones sociales que hay ahora, que sí las hay, pero sin coordinación entre ellas? ¿Qué pasa con nuestro papel como ONG en todo esto?

Enrique Ramírez, ONG Las Alamedas

Como ex *partner* de Cordaid-Bilance, y también como ex prisionero político, me ha golpeado lo expresado por Roberto Garretón sobre nuestras características en relación con los pueblos que hoy día están sufriendo las mismas situaciones por las que nosotros pasamos. Me recuerda mi exilio en Argentina y Perú, donde, sin conocernos, la gente nos recibía, nos daba de comer y prestaba hasta los autos. Lo mismo con la solidaridad recibida en Canadá, que rompió esa visión en blanco y negro que teníamos, según la cual los del norte eran los malos y los del sur éramos los buenos. Pero a la vuelta del exilio, intentando organizar a la gente para apoyar el caso de algunos chilenos que están presos, como Sibila Arredondo en Perú, encuentro que es muy difícil movilizar o hacer colectivo este sentimiento o esta necesidad de solidaridad. Creo que estamos atravesados por un problema que es cultural: un individualismo casi absoluto. Si uno está bien, no se preocupa de lo que está pasando al lado. Poco se habla, por ejemplo, de las grandes movilizaciones populares que hoy se están dando en Argentina, de lo que está pasando en los barrios populares de Buenos Aires o de las provincias.

Herminda González, Fundación Margen

Fundación Margen trabaja los temas de la marginalidad, la pobreza y la educación. En el ámbito de los derechos humanos, el tema que trabajamos es el de las trabajadoras sexuales. Todos los días, y a cada rato, se violan los derechos humanos de las mujeres que ejercen el comercio sexual. Me parece indigno que todavía la fuerza policial siga con esta represión, violando a las mujeres, cobrando altas multas en todo el trabajo que ellas hacen. Sabemos que el comercio sexual se da en todos los sectores, no solamente entre las mujeres pobres. Hoy hay muchas mujeres jóvenes que han entrado al comercio sexual para poder pagar sus estudios, y son violentadas y son abusadas sexualmente por la fuerza policial.

Manuel Soto, FUNDESA

Provingo de la región de Aysén, y vine fundamentalmente para agradecer la solidaridad de Cebemo, que durante gran parte de la vida de nuestra institución —once años de los trece que llevamos actuando—, nos apoyó con financiamiento y también asistencia. Tuvimos clases magistrales de Theo Pieterse, y mucha cooperación técnica, además de la financiera.

También quiero referirme al tema de los derechos humanos. Nuestra región, por lo grande y por lo diversa, por la dificultad del clima y su aislamiento, fue lugar privilegiado de relegados políticos durante la dictadura. Conocimos muy de cerca el problema. Y aunque allá la represión no fue tan extrema, teníamos que concurrir cada vez que era posible a solidarizar con gente que no conocíamos, con gente que llegaba de distintas partes de país, que llegaba solamente con lo puesto y a veces ni con lo puesto; llegaba sin zapatos, sólo en camisa. Los tomaban en la noche y los llevaban a los lugares más apartados, donde era muy difícil la solidaridad de la gente. Los lugares a los que los mandaban eran comunas de 300 habitantes, como Villa O'Higgins, donde un concejal se elige con dos votos; lugares, por ejemplo, distantes 600 kilómetros de Coihaique, la capital de la región. Eran lugares muy propicios para estas prácticas de persecución y de tortura, de tortura psicológica.

Tengo, en todo esto, una preocupación que he manifestado en algunas oportunidades. Y es que considerándome una persona que no guarda rencor, me ha sido muy difícil reconciliarme con las personas que causaron el problema de las violaciones a los derechos humanos, o fueron cómplices de ello. No sé si en alguna oportunidad seremos capaces de reconciliarnos, y de ser solidarios con los perseguidos de otras partes del mundo. Apenas ver cómo tratamos a los peruanos, hermanos que se refugian para buscar trabajo en Chile; o a los yugoslavos refugiados, que están desilusionados de haber venido a Chile. No deberíamos olvidar esas prácticas de solidaridad que nos favorecieron tanto, y que también requieren otros seres humanos, hermanos nuestro en otras partes del mundo.

Fernando Reveco, SUR Valparaíso

Concuerdo con la mesa en el sentido de que los derechos humanos en Chile se siguen violando. Creo que no sólo se violan a través de la represión directa a las personas. También se violan cuando la gente no puede tener una vida digna, no tiene acceso ni al trabajo ni a salud. De la misma forma, en la discriminación hay una violación a los derechos humanos, violación que no sólo sufren las minorías; la sufren igualmente los compañeros ex presos de la dictadura. Sufren discriminación y no hay una voluntad política de evitarlo, porque es más fácil y más cómodo olvidar, aunque el olvido sea nefasto.

Roberto Garretón

Quisiera tocar dos puntos. En primer lugar, la recurrente referencia a la voluntad política en el tema de los derechos humanos y las situaciones de pobreza. Desde luego, parto de la base de que los derechos humanos son integrales, interdependientes e interrelacionados, como lo dijo la Conferencia de Viena y lo repite cada año la Comisión de Derechos Humanos. Establecido eso, diría, en primer lugar, que el tema de los derechos humanos constituye un proyecto social, y en ese sentido —como decía antes— son políticos: remiten a qué sociedad quiero. La sociedad que yo quiero es una donde no se torture, donde haya igualdad, donde todos coman, donde todos tengan derecho a la educación... Eso es universal, forma parte de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada por Naciones Unidas. Y en esto hay algo muy interesante: fue aprobada con la abstención de los países de la órbita soviética. Y ello por dos razones muy justificadas: uno, no había en esos países una condena explícita al fascismo; y dos, no se daba allí gran impulso a los derechos sociales y culturales. Entonces, esta acusación —u homenaje— que se les hace a las izquierdas de haberse apropiado del tema, carece de base. En Europa el tema de los derechos humanos involucra a todos, de derechas a izquierdas. La Carta de las Naciones Unidas, que menciona siete veces como propósito de la organización el tema de los derechos humanos, fue aprobada por todos, derechistas e izquierdistas; y la Declaración Universal tiene un cierto toque más de derecha que de izquierda, por la menor preocupación que tiene por los derechos económicos, sociales y culturales.

En Europa el tema de los derechos humanos no es controversial y, por lo tanto, en ese ámbito se trabaja con todos, sin importar de qué lado son. Acá, lo que nunca debió haber sido controversial, nos divide. Y por la historia que tenemos, no hay otra alternativa sino que nos siga dividiendo. Y eso es grave; significa que hay un sector de la sociedad a la cual no le interesa algo tan obvio como es el respeto a los derechos humanos, porque se sienten acusados. Y ello hace que en esta transición, si es que es transición, debemos estar dándoles el gusto a aquellos que causaron el conflicto. Se nos exige que no toquemos el tema, porque “es tan complejo y divide”. Si hablamos de derechos humanos, “estamos dividiendo”. Pero no: si hablamos de derechos humanos, estamos uniendo, no dividiendo.

Sobre los derechos económicos, sociales y culturales: ¿cuál es la obligación del Estado? De acuerdo con el Pacto que los rige, y que está suscrito por la mayor parte de los países del mundo, se dice que su obligación es destinar el máximo de los recursos disponibles para satisfacer esos derechos de manera progresiva. Nadie pretende que mañana seamos todos alfabetos, universitarios, cultos, gordos... No, es evidente que ello requiere de un proceso. Entonces, en Chile el Estado dice que está destinando el máximo de los recursos disponibles, pues el gasto social ha aumentado de esta cifra a tal otra. Pero, ¿qué es el máximo de los recursos disponibles? En un país como el nuestro, donde casi no se pagan impuestos, donde hay fortunas gigantescas, ¿estamos destinando el máximo de los recursos disponibles? Realmente no estamos obteniendo más recursos para destinar el máximo de los recursos disponibles. Aunque dediquemos el cien por cien del presupuesto del Estado a gasto social, no estamos destinando el máximo, porque no estamos tratando de conseguir más allá donde hay mucho. Y eso, evidentemente, es falta de voluntad política.

En segundo lugar, quiero referirme a la solidaridad con otros pueblos. Lo que estamos viendo ahora es novísimo, no era así Chile antes. Yo recuerdo cuando mataron a Lumumba, en 1961, haber salido de la Universidad de Chile, de la Escuela de Derecho, a hacer manifestaciones en las calles de Santiago. Y cuando invadieron la República Dominicana, estuvimos semanas haciendo manifestaciones. Entonces, ahora nos convirtieron en esto, que no era nuestra cultura histórica. Recordemos la historia del

Winnipeg, uno de los momentos más lindos de la historia de Chile del siglo veinte, y ahora llega un peruano, y... “¡fuera!” Eso no se habría producido antes del 11 de septiembre de 1973.

También querría volver a referirme a la utilidad que puede tener para otros países el trabajo desarrollado en Chile en la defensa de los derechos humanos. Hay aquí lo que se ha dado en llamar un *know how* espectacular, una experiencia que muchas veces se entrega sin buscar un provecho político, por simple solidaridad; simplemente —como alguien decía recién— porque hay que hacerlo. Eso está, y se desaprovecha. Cuando se aprovechó, como en los casos de El Salvador y Guatemala, los mejores abogados e investigadores que había ahí, eran los chilenos.

La defensa de los derechos humanos tiene que mantenerse siempre, aunque sigamos perdiendo las presentaciones ante los tribunales. Cuando durante la dictadura en Chile íbamos a los tribunales militares, sabíamos que no íbamos a ganar, pero estábamos ahí sembrando y descalificando el sistema. Hay que quejarse siempre, en todos los países donde se viole los derechos de la gente. Y eso tiene que ser una cosa convencida, no hecha sólo para cumplir requisitos y rendir un informe después a la agencia que financia. Tiene que ser algo comprometido. Y hay que utilizar los sistemas, aun los más perversos y desfigurados. Hay que aprovechar todo lo que esté disponible.

Héctor Salazar

Dos reflexiones. Una que tiene que ver con nuestro anclaje en un pasado traumático y la incapacidad de abrir el tema, hoy en día y en el futuro. La otra, sobre la reconciliación en Chile.

Es cierto que estamos muy encerrados en el tema de los derechos humanos ligados al pasado traumático reciente. Por otro lado, existe la necesidad de abrir el tema, instalarlo de manera cultural, pedagógica, en todos los niveles donde hay interrelación necesaria con él. Al respecto, siempre me he preguntado sobre el problema de la credibilidad. Es decir, ¿vamos a ser creíbles en la ampliación del tema, en todas sus variables, si no hemos sido capaces de enfrentar lo básico y que todavía no está resuelto? Esto me hace mucha sentido cuando pienso en nuestra juventud, que es muy sensible en todo lo que dice relación con la credibilidad. Temo que tras una suerte de dar vuelta la hoja y no hacernos cargo de nuestra herencia en el pasado reciente, decir que iniciamos una nueva etapa desplegando el tema en toda su magnitud, va a sonar hueco. Las dos cosas están íntimamente ligadas: tenemos que hacernos cargo del pasado en materia de derechos humanos, y ésa es la única forma de desplegar creíblemente el tema a futuro. No nos olvidemos de lo que nos pasó, ni de lo que todavía está pendiente. Si no nos hacemos cargo de lo ocurrido, es muy difícil que podamos cumplir responsablemente nuestro mandato histórico en este ámbito.

Éste no es un tema ni de la clase política ni del gobierno. Depende de nosotros. La clase política, el gobierno, las autoridades, los actores políticos, van a estar siempre en la lógica del poder; y los principales problemas que tienen los derechos humanos se relacionan con el poder. Por lo tanto, su defensa y promoción es una responsabilidad ciudadana. Yo todavía no logro entender por qué se desarmó todo ese movimiento de derechos humanos que se creó al calor de la lucha por la libertad y en contra de la dictadura, pensando que se había ganado una parte de poder político y que desde allí se iba a poder continuar desplegando el tema. Somos responsables como sociedad y como ciudadanos de haber desmantelado un conjunto de experiencias sociales en la base, vinculadas y cohesionadas en función de los derechos humanos. La voluntad política nunca se va a hacer cargo de rearticularlas o revivirlas. No podemos esperar que en el gobierno haya voluntad política de hacerlo. La lógica del poder es llegar a acuerdos para administrar ese poder, para desarrollar los proyectos que cada uno crea que a

través del poder puede desarrollar. En el tema de los derechos humanos, la responsabilidad en último término —y eso lo demuestra nuestra experiencia histórica inmediata— está en nuestra capacidad de movilización. En nadie más.

En segundo lugar, la reconciliación es un tema recurrente en Chile, como elemento necesario y prerequisite para dar por superada lo que sería la transición chilena y para la “normalización” de nuestra convivencia nacional. Y entendida la reconciliación, además, de una manera muy peculiar: que las víctimas perdonen a los victimarios, sin saber quiénes son. Pero éstos son espejismos, son manipulaciones de conceptos y de palabras. A lo que podemos aspirar es básicamente a aceptar que hay diversidad, que todos tenemos derecho a estar en este espacio, y a buscar caminos para comunicarnos entre nosotros. En la medida en que apuntemos hacia allá nuestros esfuerzos, vamos a ir normalizando nuestra convivencia. Pero no nos planteemos ideales de reconciliación utópicos que, además, encierran un cinismo tremendo. El reencuentro, la comunicación, el restablecer los lazos de comunicación brutalmente rotos, va a hacer más vivible este país, y va a permitir esto que nos interesa tanto: promover, instalar culturalmente el tema de los derechos humanos en la base.